

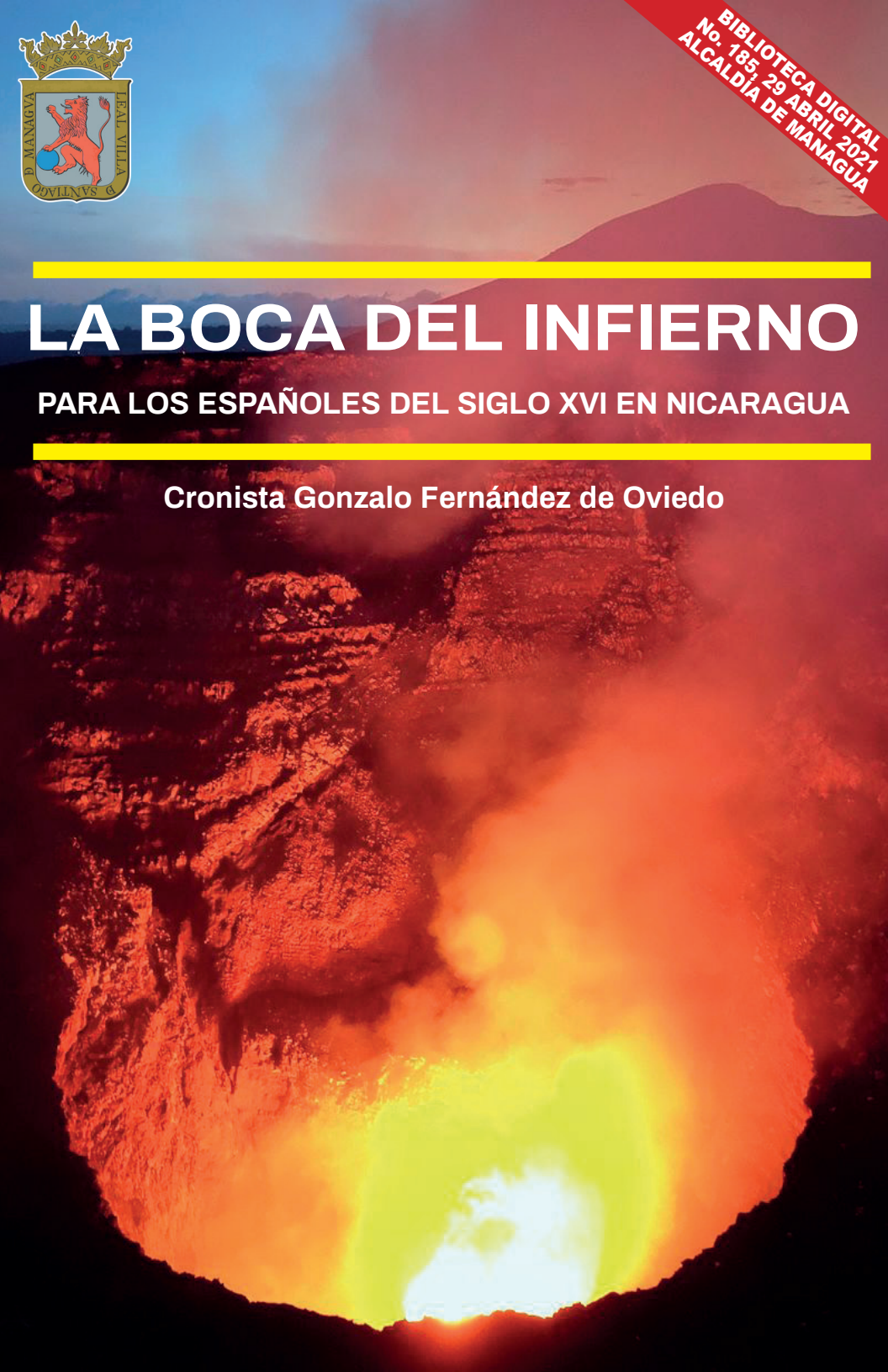


BIBLIOTECA DIGITAL
No. 185; 29 ABRIL 2021
ALCALDÍA DE MANAGUA

LA BOCA DEL INFIERNO

PARA LOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI EN NICARAGUA

Cronista Gonzalo Fernández de Oviedo



PARA LOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI EN NICARAGUA

LA BOCA DEL INFIERNO

PARA LOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI EN NICARAGUA

Cronista Gonzalo Fernández de Oviedo

© 2021

Alcaldía de Managua

La Alcaldía del Poder Ciudadano

CRÉDITOS

LA BOCA DEL INFIERNO –Para los españoles del Siglo XVI en Nicaragua-, del cronista Gonzalo Fernández de Oviedo (siglo XVI), es una producción de la Alcaldía del Poder Ciudadano de Managua, en el año del Bicentenario de la Independencia Centroamericana (1821, 15 de septiembre), por medio de la Dirección de Cultura y Patrimonio Histórico adscrita a la Dirección General de Desarrollo Humano.

Autor:

Gonzalo Fernández de Oviedo. Cronista.

Compilación tomada de:

Eduardo Pérez Valle.

Colección Cultural Banco de América.

Serie Cronistas No. 3. 1976.

Levantado de texto:

Dulce María Pastrán Salazar.

Asistente de la Dirección de Cultura y Patrimonio Histórico,

Alcaldía de Managua.

Selección de textos y supervisión editorial:

Lic. Clemente Guido Martínez.

Director de Cultura y Patrimonio Histórico.

Alcaldía de Managua.

Diseño y diagramación:

Octavio Morales Serrano.

Dirección de Cultura y Patrimonio Histórico.

Alcaldía de Managua.

Fotografías a colores utilizadas:

Instituto Nicaragüense de Turismo (INTUR), 19 digitales, medio de comunicación del Poder Ciudadano.

Biblioteca Digital No. 185,

29 de abril del 2021.

Año del Bicentenario de la Independencia Centroamericana.
1821-2021.

Alcaldía del Poder Ciudadano de Managua.

Índice.-

PRÓLOGO	PÁG.5
CAPITULO V	PÁG.9
CAPÍTULO VI.....	PÁG.25
CAPITULO VII.....	PÁG.31
CAPITULO VIII.....	PÁG.33
CAPITULO IX.....	PÁG.39
CAPITULO X.....	PÁG.45

PRÓLOGO

El Volcán Masaya ha sido motivo de interés nacional e internacional a través de la historia conocida de Nicaragua. Desde la llegada de los españoles en 1523 hasta la actualidad, siempre ha despertado mucho interés en exploradores naturalistas, científicos, ecólogos, geógrafos, geólogos, historiadores, e incluso aventureros deportistas entre otros muchos personajes que se han visto atrapados por la magia del volcán Masaya, en la república de Nicaragua.

Los españoles que entre 1523 y 1550 vivieron en Nicaragua, la primera etapa de la conquista-resistencia indígena y colonización-mestizaje, no fueron la excepción, todo lo contrario, en ellos el Volcán Masaya despertó no solamente curiosidad científica (en los menos), sino ambición desmedida y pueril pues hasta creyeron que la lava o magma encendida en el fondo del volcán era oro y bajaron para extraerlo y hacerse muy ricos a costa de este oro en el fondo del volcán.

Sobre estas incursiones al fondo del volcán Masaya, y las técnicas que utilizaron para bajar, utilizando la mano de obra indígena y un sistema de cuerdas y poleas, así como las contradicciones entre los españoles por ser los primeros en llegar al fondo del cráter Santiago y obtener el derecho Real de explotación de aquello que creían ser la mina de oro más rica de la región, es que versan las crónicas de Gonzalo Fernández de Oviedo que les presentamos en esta libro digital de la Alcaldía del Poder Ciudadano de Managua, en el año del Bicentenario de la Independencia Centroamericana (1821-2021).

Todos los textos aquí transcritos, fueron copiados del libro titulado "Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo", introducción y notas de Eduardo Pérez Valle, Colección Cultural del Banco de América, Serie Cronistas No. 3, del año 1976. En ese año el Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural estaba integrado entre otros por Dr. Alejandro Bolaños Geyer, Dr. Jaime Incer Barquero, Don José Coronel Urtecho, Don Pablo Antonio Cuadra.

El trabajo que presentamos fue seleccionado por la Dirección de Cultura y Patrimonio Histórico, y el levantamiento del texto del libro antes citado, correspondió a la noble y profesional secretaria Cra. Dulce María Pastrán Salazar, quien invirtió horas de días y semanas en este levantado de texto, procurando lograr la excelencia en la copia idéntica de los textos conforme el libro del Banco de América.

Lo publicamos en español antiguo, tal y como nos lo entregó el maestro Eduardo Pérez Valle. De tal manera que su lectura es algo atropellada para el hispanoparlante contemporáneo, pero de fácil entendimiento una vez que el sentido de la vista se acostumbra a los códigos utilizados.

Eduardo Pérez Valle, sobre el autor nos indica que nació en Madrid, en agosto de 1478, y falleció el 26 de junio de 1557, a la edad de 79 años de edad. Desde 1513 anduvo por las tierras americanas nuevas, estando en Darién en 1514 con la expedición de Pedrarias Dávila. A finales de 1527 llega a Nicaragua. El 2 de enero de 1528 visita Tezoatega (El Viejo-Chinandega); el 2 de febrero de 1529, visita Ayatega en el actual departamento de Rivas: De enero a mayo de 1529 Oviedo realiza una gira por varios lugares del pacífico de Nicaragua levantando información que luego publicará en su libro sobre Nicaragua; Se va de Nicaragua a finales de 1529. Sus días terminarán exitosamente en Santo Domingo de la actual República Dominicana, viviendo como alcalde de la fortaleza de Santo Domingo entre 1533 y 1557. Fue ahí donde escribió sus crónicas sobre el Volcán Masaya.

Dejamos con ustedes este libro digital, para su goce en la lectura.

Lic. Clemente Guido Martínez.

Director de Cultura y Patrimonio Histórico.

Alcaldía del Poder Ciudadano de Managua.

29 de abril del año 2021.

Managua, Nicaragua.

En el Bicentenario de la Independencia Centroamericana.
1821-2021.

CAPITULO V



El qual tracta del ardentíssimo y espantable monte de Massaya, del qual continuamente todas las noches sale fuego, ó tal resplandor que muchas leguas léxos dél se ve aquella claridad; é de otros montes que arden y echan humo en aquella provinçia é gobernación de Nicaragua, é de los veneros de piedra açufre é açeche, é de otras cosas que quadran á la historia.

Acuérdome que estando el Emperador, nuestro señor, en la cibdad de Toledo el año del mill é quinientos é veynte é cinco, le osaron escribir el gobernador Pedrarias é sus ministros que en Nicaragua se avia hallado una cibdad de tres leguas en luengo, é otras cosas inçiertas, é las exorbitancias que se atreven descomedidos á escribir á su Príncipe é Rey soberano: que si se castigasen, sabrían que no hay liçençia (donde hay vergüença) para tanto atrevimiento. É llegó la cosa á tanto, que demás de los traslados que embaxadores y extrangeros por el mundo enviaron de la copia de sus

cartas (en que esa grand mentira é otras estaban), les dieron muchos crédito, con verlas predicar, como se predicaron en púlpitos é templos principales de aquella cibdad, á vueltas del sagrado Evangelio É assi lo afirman aquellos predicadores, como la mesma verdad, que son obligados á pregonar é dar á entender á los fieles; pero todo esto no era con falta de artificio ni sin malicia, para engañar al Rey é á su Consejo é á quantos aquellos sermones oyan. E yo escuché alguno dellos, lo qual yo tuve por fábula, como lo era; no porque yo lo dudasse por cosa imposible, sino porque conosçia muy bien al inventor de aquellas novelas, é sabia el crédito que sus palabras mereçian: é assi lo dixé é desengañé á algunos de aquellos señores del Consejo Real de Indias, aunque aprovechó poco; é propuse de yr á Nicaragua á ver si aquellos púlpitos avian seydo bien informados, é ninguna cosa hallé ser assi como la predicaron é aquella carta deçia. Y por lo que se dixo fui a la población de Managua de la lengua de Chorotega, que á la verdad fue una hermosa é populosa plaça, é como estaba tendida á orilla de aquella laguna, yendo de Leon á ella, tomaba mucho espacio; sino un barrio ó plaça delante de otro con harto intervalo: é quando mas próspero estuvo (antes que entrasse allí la polilla de la guerra), fue una congregaçion extendida é desvariada, como en aquel valle de Alava ó en Vizcaya é Galiçia y y en las montañas y en el valle de Ibarra é otras partes están unas casas apartadas é á vista de otras, que tenian mucho compás. Pero aquestas de Managua estaban como sogas al luengo de la laguna, é no en tres leguas ni una; pero avia en su prosperidad diez mill indios de arco é flechas é quarenta mill ánimas, y era la más hermosa plaça de todas, y estaba ya la más despoblada é asolada que avia en aquella gobernaçion, quando yo la ví, que fue poco más de tres años despues de aquella carta é sermones. Esta población de Managua está ocho leguas de Leon.

Avia en Matinari quatro mill ánimas, en que eran los seysçientos de arco é flechas: en Matiari avia mill flecheros, que eran más de doçe mill é quinientas ánimas, y eran en

ellos ochocientos archeros. De la otra parte del caçique de Itipitapa, en la otra costa de la laguna en seys leguas, avia bien seys mill ánimas é ochocientos archeros. En fin, porque en esto no nos cansemos, digo que en el tiempo quel capitán Gil Gonçalez fué á aquella tierra, á despues dél el capitán Françisco Fernandez, teniente de Pedrarias, paresçia que hervia de gente aquella tierra, segund yo lo supe en ella de los que lo vieron.

Dexemos aparte el asolamiento é causas de tantas muertes de los indios, é tractemos de los montes que arden é de los rios calientes de aquellas partes, que es lo que yo quiero predicar ó atribuyr á este quinto capítulo, é digo assi.

Desde Managua á Itipitapa hay dos leguas de camino en el qual passo hay veynte é un arroyos de agua caliente, que entran en la laguna de Leon, en la costa de la qual están Managua é Itipitapa de la banda del Sur, é de más lexos nasce una legua de la dicha laguna, é todos ellos vienen de háçia la parte é monte de Masaya; pero començemos del infierno, que llaman los indios *mamea*, que es cosa muy notable de ver é considerar. Y es desta manera (*Lam. 1^a, fig. III^a*).

Legua y media de la cibdad de Leon está un cerro muy alto de la otra parte de la laguna, el qual es de la manera que le pinté aquí, é la cumbre más alta tiene muchos agujeros, por donde, apartados unos de otros, continuamente, sin çessar un momento, sale humo. Bien creo yo que hasta la cabeça é parte superior del monte, é desde Leon hay más de tres leguas, porque de más de diez y ocho o veynte leguas se paresçe este humo, el qual de dia ni de noche no echa llama. Hay por allí mucha piedra açufre é muy buena, é aun tiénese por la mejor que se ha visto, segund la loan artilleros, para haçr pólvora, é otros para diversos efiectos. En las espaldas é lados deste monte é sus anexos, que turan en redondo más de cinco ó seys leguas, hay en muchas partes muchas bocas de agua hirviendo, de la manera que en el Puçol á dos ó tres leguas de Nápoles, hierve la çufretara; é assi pienso yo que

es todo este monte é sierra mineros de açufre. Hay otros agujeros por la tierra adentro de la dicha çirfunferençia, por donde sale grandíssimo viento é muy caliente, tanto que no se puede comportar de cerca. Hay otros agujeros por donde no sale viento, sino algun poco de ayre; pero llegándose hombre çerca (como lo haçen muchos sin peligro) se oye muy grandíssimo ruydo, que paresçe que allá dentro suenan diversos é innumerables fuelles de fraguas de herreros: á algunas veçes çessa aquella espantable armonía por poco espacio, é torna á haçer lo mesmo, é assi de quando en quando son aquellas pausas ó silençio; pero el tiempo que çessa, es menos que la quarta parte del tiempo que se oye aquel estruendo. Tambien se halla mucho açije perfetto por allí, y entre las otras fuentes calientes hay una cerça de un pueblo que se diçe Totoa, tan caliente, que cuesçen los indios allí la carne y el pescado y el pan que comen, en ella, y en muy breve espacio, que no se tarda en coçer tanto como se tardará en decir dos veçes el Credo; é los huevos antes que se diga la mitad del Ave Maria se cuesçen. En el tiempo que truena ó llueve, ó en aquel tiempo que las aguas se continúan (aunque á la verdad muy pocas veçes llueve en aquella tierra); pero lloviendo ó sin llover, ningun año passa sin temblar muchas veçes la tierra. É no es temblor assi sumario ni presto, sino muy resçio é largo; é yo he estado en aquella cibdad, é ví temblar de manera aquellas casas, que nos saliamos, huyendo dellas, á las calles y á la plaça, porque no se hundiessen sobre la gente: é conté en un solo dia é noche sessenta é tantas veçes esos temblores, é aquestas ó más muchos días, é á veçes tan continuos é uno tras otros, que es cosa de mucho temor. É á veçes caen rayos é matan gente é queman casas.

Todo lo que he yo visto en aquel pueblo de Leon, é sin dubda no es comparaçion en la tierra tremol ó temblores la de la cibdad de Puçol (que por ellos la ví yo un tiempo quasi destruyda) con lo que haçen en Leon; é soy de opinion que si fuesse edeficada de casas de piedras, como esta nuestra

ciudad ó como las de España, que muchas derribarian aquestos temblores de la tierra con muertes de muchos. Passemos á los montes que se llaman los Maribios, que tambien son cosa notable.

Hay una cordillera de una sierra continuada, yendo de la ciudad de Leon al puerto de la Posesion, y en esta sierra se alcan tres montes, uno delante del otro continuados, é las cumbres dellos distintas, como aquí los pinté (*Lám. IIª, fig. Iª*): á la parte del Norte son de tierra áspera, é á la parte del Sur tienen sus vertientes tendidas igualmente hasta los llanos. Y es tierra muy fértil, é cómo allí es muy continuo el viento oriental, siempre pende un humo continuo é muy ancho é luengo haçia la parte Poniente, que sale de los tres montes más altos de toda la cordillera: é quassi una grand legua continuada va aquel humo, é turan essos montes assi en aquel cuchillo de sierras seys ó siete leguas, y el más çercano monte deste humo a la ciudad de Leon estará quatro ó cinco leguas della. Acaesçe algunos años, ventando resçios Nortes, dexar el humo, que ordinariamente suele llevar su camino á Poniente, é yr háçia el Sur, é baxar por aquellas vertientes á los llanos, é quemar é abrasar los mahiçales é las otras labores del campo, é haçer grandíssimo daño en tres ó quatro ó más leguas y en los pueblos, que hay muchos por allí, y no poder tornar la tierra en sí en essos quatro ó cinco años, por la aver dexado quemada é destruyda el fuego.

Otro monte hay en aquella provinçia que llaman Masaya, del qual hablaré como hombre que le ví é noté después de aver oydo muchas fábulas á diverssos hombres que deçian aver subido á verle. Visto hé á Vulcano, é subido hé hasta la cumbre de aquel monte de que sale continuo humo: é allá ençima está un hoyo de veynte é cinco ó treynta palmos en hondo, y en él no se ve sino çeniça, entre la qual sale aquel sempiterno humo que se ve de dia, é diçen algunos que de noche se convierte en un resplandor ó llama. Pero yo estuve allí el dia que llegué dos horas antes que fuesse de noche, y estuve el dia siguiente todo, é con otros salté en tierra, é

subí á ver aquella cumbre, y estuve ençima más de un quarto de hora; é baxado, estuve en aquel puerto tambien aquella segunda noche hasta que fué de dia el terçero que alli llegué con la sereníssima Reyna de Nápoles, mi señora, á quien yo servia de guardaropa, mujer que fué del Rey don Fernando segundo; é con siete galeras estuvo Su Magestad en aquel puerto el tiempo que he dicho, año de mill é quinientos y uno, é desde allí fuimos á Palermo.

Tambien he oydo en Seçilia hablar á muchos en aquel Mongible, que los antiguos llaman Etna, é de quien tanta mençion hacen historiales é poetas antiguos.¹

Tambien he oydo hablar á muchos de nuestros españoles en aquel monte fragoso de Guaxoçingo en la Nueva España.

Tambien he oydo que en Greçia, en la provincia Lacónica, está el monte Ténaro, en que hay una boca oscura é profunda, que algunos pensaban ser boca del infierno.²

Tambien he oydo que en la parte meridiana está el monte que los griegos llamaban Honocauma (en la mar), el qual siempre arde, desde el qual hay navegacion de quatro días hasta el promontorio Hesperigeras, en el confin de Africa, çerca de los ethiopios é Hesperis. Esto es de Plinio, é pienso que diçe por la isla del fuego, ques una de las de Caboverde.

En Liçia arde el monte Chimera, é de dia é noche tura la llama; y en la mesma Liçia hay montes llamados Ephesios, que tocándolos con un tiçon ardiendo, se ençienden de tal manera que la tierra á la piedra é arena de las riberas arden en el agua, etc. Y en la tierra de los Batrianos la cumbre del monte Chophanto arde de noche, é lo semejante interviene en Media, á los confines de la Persia. En el llano de Bibilonia, por espacio de una yugada, arde la tierra de tal manera que paresçe un lago de fuego. En Ethiopia, cerca del monte Espero, hay campos que de noche paresçe que están llenos

1 *Ovidio, Metham., lib. X; Virgilio, Georg., lib. IV; Solino, Polihystor, cap. 7.*

2 *Plinio, lib. IV, cap. 30.*

de estrellas. Esto é otras más cosas escribe Plinio en su *Natural historia*.³

Ya dixé en el libro XXXVIII de la segunda parte, de aquellos tres montes de la isla de Islandia, las cumbres de los cuales están cubiertas de perpétua nieve, é al pié de cada uno un horrendo abismo de perpétuo fuego, semejante á aquel de Mongibel de Seçilia. Tambien sé por auctoridad del mesmo Olao Gotho, que en la isla de Escoçia hay un monte de continua llama en aquella punta ó promontorio, que çircuye el mar de Calidonia. É otras cosas semejantes é muchas podria traer á propóssito destes montes ó partes que arden, para que no nos parezca ques cosa nueva ni de que debamos espantarnos desta Massaya. Pero á mí me paresçe que ninguna de las sussodichas es de tanta admiraçion ni tan notable cosa como Massaya: de la qual diré lo que entendí é ví, y el letor juzgue lo que le paresçiere del que lo haya cotejado con las cosas sussodichas, ó con otras; é su figura es aquesta (*Lam. II^a, fig. II^a*), y pues he pintado ó puesto la figura de aqueste monte de Massaya, que quiere deçir monte que arde, en la lengua de los chorotegas en cuyo señorío é tierra está é en la lengua de Nicaragua le llaman Popogatepe, que quiere deçir sierra que hierve, dígase lo que ví.

Yo partí un dia veynte é cinco de julio del año de mill é quinientos é veynte y nueve de la plaça ó pueblo de Managua, é fuí á dormir á Lenderi, quatro leguas, á la estança de aquel hidalgo que he dicho que se diçe Diego Machuca, que está á par de la baxada del lago que diçen de Lenderi, é obra de media legua del pié deste monte de Massaya (pero tornando atrás está una legua, porque yo yba de la parte del Norte, é la estança está del otro cabo de aquesta sierra, háçia Salteba ó Granada). Y este mesmo dia baxé á ver el lago, é aquella mesma noche de Sanctiago, antes que fuesse de dia, partí de la estança para subir al monte de Massaya é ver aquel fuego: é lo que allí hay es una sierra muy áspera é de dobladas montañas (pero pobladas de indios de la lengua

3 *Plinio, lib. II, cap. 109.*

que he richo de Chorotega), en la qual hay muchos tigres é leones é otros diversos animales noçivos. Desta montaña que he dicho preçede espacio de media legua un pays ó terreno, que vulgarmente assi llaman los españoles á una tierra fragosíssima, ques toda ella á manera de escorias de herreros ó peor: deste terreno se encumbra un monte separado é bien alto, desde el pié del qual á lo superior de sus cumbres hay ás de una legua: terná de çircuyto la redondez inferior tres leguas é media ó quatro. Este monte es redondo é distinto de todas las otras montañas de la dicha sierra é comarca.

Bien sé que alguno han escripto de aqueste monte de Massaya al Emperador, nuestro señor, é algunos han ydo á España que han dicho que le vieron, lo qual yo no dubdo, é por esso huelgo yo de hablar en una cossa tan señalada é que no falten oteros que lo aprueben, aunque la subida deste monte es de trabaxoso é áspero camino. Yo subí á caballo más de las tres partes dél, é llevaba conmigo por guía al caçique indio é señor de aquella tierra, que estaba con su gente encomendada al dicho Machuça, é á otro hidalgo llamado Barroso: y ningun chripstiano yba conmigo (porque uno ó dos que avian de aguardar en la estancia é me prometieron de subir conmigo, é venían un dia antes, quando llegaron á vista de Massaya, acordaron de no atenderme ni cumplir su palabra). Aunque diçen muchos que han visto á Massaya, es desde léxos; pero pocos los que se atreven á subir allí arriba: é porque algunos deçian que tres leguas apartados deste monte vian de noche á leer una carta, por la claridad que dél sale (lo qual yo no apruebo), yo aquel hidalgo Machuça, é me amanesçió encumbrado é bien çerca de lo alto de aquel monte; pero no pude ver á leer en unas horas de reçar que llevaba, puesto que estaba ya menos de un quarto de legua de aquel cabeço que está en lo más alto de la montaña, aunque haçia muy oscuras da mayor claridad. Verdad es que á personas de crédito he oydo deçir que quando haçe muy oscura noche é llueve, resplandesçe más aquella llama é luz que legua ó más apartado del monte: lo qual ni dubdo ni afirmo, porque

en Granada de Salteba, que está tres leguas de allí, todas las noches que no haçe luna, paresçe en la claridad que la hay por la lumbre que redunda del resplandor de Massaya en toda aquella comarca, é aun algo más delante de donde es dicho. Y es verdad que á diez é ocho é veynte leguas apartado de aquella sierra he visto é se ve muy claramente aquel resplandor; pero aunque de susso dixé llama é pinté llamas de fuego, é á la boca por dó sale aquella luz fogosa, no alça ni hay llama alguna, sino humo tan ençendido como fuego, que de dia no se ve de léxos, é de noche es qual digo. Assi que, tornando á mi camino, yba conmigo aquel caçique llamado don Françisco (é su primero nombre en lengua de Chorotega, antes que se baptiçasse, era Nacatime) é un negro é otros dos indios mansos mios; pero aunque el negro era seguro, yo confieso que fué error llevar tal compañía, pero causólo el desseo que yo tenia de ver el fin desto, é que al Machuça hallé enfermo y que los que doxe aver faltado de su palabra se fueron á Granada antes que yo alegasse. Pero como yo no me podía detener en mi viage, quise acabar de entender las novelas é particularidades que diferençiadamente me avian contado los que deçian aver allí subido.

Quando la dispusiçion del camino dio lugar á poder yr el caballo adelante, apeéme dél é calçéme unos alpargates (porque ningun çapato es bueno ni bastante para tal terreno); é dexado allí un indio en guarda del caballo, seguí tras el caçique que me guiaba, é al negro é al otro indio tambien los hiçe yr delante de mí. É assi como la guía llegó çerca de la boca, donde está aquel fuego, assentóse desviado della quince ó veynte passos é señalómela con el dedo adonde estaba aquel temeroso espectáculo. É pocos passos de allí, aunque ya era llano aquello (pero de mala dispusiçion de peñas de color rubias é pardas é negras é otras colores é mixturas), ví que toda la altura del monte, quan grande era, estaba sobre un poço, excepto por aquella parte que yo yba, que era de la banda del Oriente.⁴ Y era tan grande la redondez ó boca

⁴ *El cráter que permanecía activo cuando ocurrió la visita de Oviedo era el que modernamente se ha llamado Nindirí*

desta sima, que ninguna escopeta (á mi paresçer) alcançara de una parte á otra por qualquier parte que la atravessassen (de medio á medio tirando). Y de allí salía un humo continuo é no enojoso á la vista, ni la empachaba ni excusaba de verse toda la parte é çircuyto de toda la rondonez alta é baxa desta boca, á causa de ser tan sobre el dicho humo, é tambien porque en aquella tierra aquel viento oriental, que los marineros llaman Leste, es muy continuo, é assi ventaba entonces, aunque poco. Assi que, los que allí suben, van con el viento por propria dispusiçion de natura, y el viento no les da empacho ni les es molesto. Aquella hondura baxaba, á lo que yo pude considerar (é aun assi lo he oydo deçir y estimar a otros), çiento é treinta braças ó estados, é allá en lo baxo no es tan ancho como en lo alto é çircunferençia de donde yo lo miraba.

Este monte todo es muy más alto en todas las otras partes que la parte oriental desde donde se mira su profundidad, ni que la del Mediodia: é paresçe como si fuesse hecho á mano, segund está liso é pendiente de todas partes, salvo que desde aqueste lugar ó miradero ques dicho está la peña más áspera é diferente, é hay algunas concavidades en ella, aunque se ve poco de la pared (de la parte que está el que mira) é háçia abaxo, porque no se osa hombre para tan adelante.

Abaxo, en el fin de aquesta hondura, está una plaça redondíssima, é tan grande al paresçer que en otro tanto compás podían jugar á las cañas más de çiento de á caballo, é mirarlos más de mill personas: é si no hubiesse un poço que hay en la dicha plaça (más acostado al Mediodia que á otra parte), seria mucho mayor el número de gente que en aquella plaça cabria. Todo está tan claro que ninguna cosa se esconde; ni fuera de la dicha sima ó plaça á la desde donde se mira no hay cosa más clara, ni en todo quanto el sol mira en todo el mundo. (*Lám. IIª, fig. IIIª*).

A la parte de Mediodia, como he dicho, hay en aquella plaça baxa un poço, que quando yo le ví me paresçio que era tan

hondo lo que via dél, como la mitad ó tercia parte de la altura que dixé que avia desde la plaça a lo más alto de la peña ó monte, é tamaño que en el través de la boca desse poço podría aver catorçe ó quinze passos, poco más ó menos, segund la vista mía arbitraba. Pero en la verdad debe ser mucho más, por la grand distancia que hay desde donde se mira hasta el poço, é de allí abaxo desde la boca dél á la materia que allí dentro se cueçe, queda ó hay de espacio entre el poço é la peña, á la parte meridional della, las tres partes menos que háçia la parte del Norte. Despues en Valladolid, año de mill é quinientos é quarenta y ocho, estando en la corte del Príncipe, nuestro señor, me dixo Rodrigo de Contreras, gobernador de aquella provincia por Su Magestad, que en su presencia se avia medido esta altura ques dicho, é que desde donde se avia medido esta altura ques dicho, é que desde donde se mira esta sima hasta la plaça hay çiento é treinta braças, y en lo que se ve del poço hasta la materia que en él arde, hay quarenta braças.

Una de las cosas, de que yo más me maravillo, es que oy deçir al comendador fray Françisco de Bobadilla, provincial de aquellas partes de la Orden de la Merçed (que subió con otros á ver lo que digo que allí hay), que entonces estaba el poço en medio de la plaça, é que la materia ó fuego que dentro dél hay, llegaba cerca de la boca, é que no se vian de las paredes del poço quatro palmos, al paresçer; é no avian pasado seys meses desde quel frayle lo vido hasta quando yo lo ví. Y creo que debia se assi; porque demás de ser religioso é persona de crédito, oy deçir al mesmo Machuça que avia él visto la materia ó fuego que hay dentro del poço quassi ras con ras de la boca dél.

Digo que en la hondura é última parte que yo ví deste poço avia un fuego líquido como agua, ó la materia quello es estaba más que vivas brasas ençendida su color, é si se puede decir muy más fogosa materia paresçia que fuego alguno puede ser: la qual todo el suelo é parte inferior del poço ocupaba y estaba hirviendo, no en todo, pero en partes, mudándose el

hervor de un lugar á otro, é resurgie un bullir ó borbollar, sin çessar, de un cabo á otro. Y en aquellas partes, donde aquel hervor no avia (ó çessaba), luego se cubria de una tela ó tez ó napa ençima, como horrura ó resquebrada, é mostraba por aquellas quebraduras de aquella tela ó napa ser todo fuego líquido como agua lo de debaxo; é assi por todo el çircuyto del poço. É de quando en quando toda aquella materia se levantaba para susso con grand ímpetu, é lançaba muchas gotas para arriba, las quales se tornaban á caer en la mesma materia ó fuego, que á la estimaçion de mi vista más de un estado subían. É algunas veçes acaesçia caer á la orilla del poço allá abaxo fuera de aquel fuego, y estaba más espacio de lo que se tardaria en decir seys veçes el Credo, sin acabarse de morir poco á poco, como lo haçe una escoria de una fragua de un herrero.

No creo yo que hay hombre chripstiano que, acordándose que hay infierno, aquello vea que no tema é se arrepienta de sus culpas, en especial trayendo é comparaçion en este veneno de açufre (que tal ppienso ques) la infinita grandeça del otro fuego ó ardor infernal, que esperan los ingratos á Dios.

Ençima de aquel poço ques dicho, quassi en el mesmo espacio que hay desde lo más alto desta montaña, é hasta la boca dél ó plaça ya dicha, volaban muchos papagayos de los de las colas luengas, que llaman *xaxabes*,⁵ á los quales nunca pude ver los pechos, sino las espaldas, porque yo estaba muy más alto aquellos; y estos criaban é se entraban en la peña debaxo de donde yo miraba. É los que allí van, miran assi aquel poço é lo ques dicho.

Digo más, que yo arrojé algunas piedras, é tambien las hiçe tirar al negro, porque era mançebo é resçio, é nunca jamás pude ver adónde paraban ó daban, sino que salidas de la mano háçia el poço paresçia que se yban enarcando é se metían debaxo de donde hombre estaba mirando; en fin, que ninguna se vido adónde paró, lo que notoriamente mostraba

⁵ *Palabra que habría que pronuncias chachabes, y se aplica a las lapas. Es de origen neogranadino.*

la mucha altura que hay hasta la plaça. Quieren algunos decir que assi por andar allí aquellos papagayos, como por poder un hombre humano sin triga estar atento mirando aquella plaça é poco, que no es fuego, sino agua é materia de açufre; esta determinaçion remito yo á los que mejor lo sabrán decidir, é tambien o me aparto de su paresçer.

Junto é continuando con aquella boca alta deste çerro sube un cuchillo de sierras á la parte del Leste, sobre el camino por donde van á ver lo ques dicho; y allí esta otra hondura tan grande como la que tiene el poço, y está más alta aquella cumbre, é de noche humea, é de dia no se ve tan claro el humo della, más de noche dá la mesma claridad que la otra, é se mezcla el un resplandor con el otro; pero en lo baxo della no hay plaça, sino un hoyo que en la abertura arriba es grande é desçiende, disminuyéndose á forma de una tolba, y en lo baxo paresçe todo çeniça.

Díxome aquel caçique quel fuego avia estado allí primero en tiempo de sus pasados, é que despues se avia venido donde agora está,⁶ y el un hoyo y el otro están distintos con çiertas peñas, é ambos juntamente tienen la çircunferençia que tengo dicho, é como lo muestra la figura de susso.

Todo aquel terreno está en la mayor parte lleno de árboles salvages é sin fructo, exçepto que hay muchos que llevan una majuelas amarillas, tamañas como pelotas de escopeta ó algo mayores, é llamanse *nançi*, é son buenas de comer, é diçen los indios que restriñen el fluxo del vientre.

Ningunas aves allí ví por aquellas sierras, excepto los papagayos donde dixé, é acá fuera algunos cuervos.

Paresçe grand extremo ó cosa que en ella mesma se contradixe decir yo que ví aquel fuego en tanta hondura del poço, é que a quel religioso é Diego Machuça me dixeron é çertificaron averlo visto quassi á vara de la boca: é platicando en esto, supe que quando está çerca de la boca

aquella materia, es porque de próximo ha llovido, ⁷ é con el agua que de las cumbres é de toda la plaça allí se recoge, cresce é sube é se aumenta para arriba y está lleno hasta quel agua se consume y es vencida por el contrario ardor de aquel licor ó fuego. Con esto consuena lo que escribe aquel cosmógrapho é docto varon Olao Gotho, que de susso alegué: el qual diçe, hablando en el fuego de los montes de Islandia, ques de manera que no puede ençender ó consumir la estopa, é continuamente consume el agua. É assi debe ser el de Massaya; porque es verdad que viendo de noche aquel resplandor desde una legua ó media dél, paresçe no llama, sino un humo más ençendido que vivísimas brassas, que se viene extendiendo é cubriendo aquellos montes, lo qual no se puede ver sin mucha admiración y espanto: é si fuego fuesse, no quedaria árbol ni hoja ni cosa verde por todo aquello. Y es al contrario, pues que toda la montaña está arbolada é con hierba muy verde é fresca, é hasta muy cerca de la dicha boca de Massaya.

Después que estuve más de dos horas, é aun quassi hasta las diez del día de Sancta Ana gloriosa, mirando lo que he dicho é debuxando la forma deste monte con papel, como aquí lo he puesto, seguí mi camino para la cibdad de Granada, alias Salteba, ques tres leguas de Massaya; é assi en aquella cibdad como en más de otros dos adelante resplandesçe Massaya de noche, como lo suele haçer la luna muy clara, pero quassi como luçe pocos dias antes de ser llena.

Oy deçir á aquel caçique Lenderi que avia él entrado algunas veçes en aquella plaça donde está el poço de Massaya con otros caçiques, é que de aquel poço salía una muger muy vieja desnuda, con la qual ellos haçian su monexico (que quiere deçir conçejo secreto) é consultaban si harian guerra ó la excusarian ó si otorgarian treguas á sus enemigos; é que ninguna cosa de importancia haçian ni obraban sin su paresçer é mandado; é quella les deçia si avian de vençer ó ser vencidos, é si avia de llover é cogerse mucho maíz, é

⁷ *Hecho plenamente comprobado en relación al cráter Santiago.*

qué tales avian de ser los temporales é subçessos del tiempo que estava por venir, é que assi acaesçia como la vieja lo pronosticaba. É que antes ó despues un dia ó dos que aquesto se hiçiesse, echaban allí en sacrificio un hombre ó dos ó más é algunas mugeres é muchachos é muchachas; é aquellos que assi sacrificaban, yban de grado á tal suplicio. É que despues que los chrisptianos avian ido á aquella tierra, no quería salir la vieja á dar audiencia á los indios sino de tarde en tarde ó quassi nunca, é que les deçia que los chrisptianos eran malos é que hasta que se fuessen é los echassen de la tierra, no queria verse con los indios, como solia. Yo le pregunté que cómo baxaban á la plaça, é dixo que primero avia por donde baxar por la peña; pero que despues se avia hecho mayor plaça, é avia caydo de todas partes la tierra, é se avia quitado aquel desçendedero é oportunidad de baxar. Yo le pregunté que despues que avian avido su conçejo con la vieja ó monexico qué se haçia ella, é qué edad tenia ó qué dispusiçion: é dixo que bien vieja era é arrugada, é las tetas hasta el ombligo, y el cabello poco é alçado háçia arriba, é los dientes luengos é agudos, como perro, é la color más oscura é negra que los indios, é los ojos hundidos y ençendidos; y en fin él la pintaba en sus palabras como debe ser el diablo. Y esse mesmo debía ella ser, é si este deçia verdad, no se puede negar su comunicaçion de los indios é del diablo. É despues de sus consultaçiones essa vieja infernal se entraba en aquel poço, é no la vian más hasta otra consulta.

Destas vanidades é otras copiosamente hablan los indios, é segund en sus pinturas usan pintar al diablo, ques tan feo é tan lleno de colas é cuernos é bocas é otros visages, como nuestros pintores lo suelen pintar á los piés del arcángel Sanct Miguel ó del apóstol Sanct Bartolomé, sospecho que le deben aver visto, é qué es les debe mostrar en semejante manera; é assi le ponen en sus oratorios é çasas é templos de sus ydolatrias é diabólicos sacrificios.

A par de la boca desta sima de Massaya estava un grand monton de ollas é platos y escudillas é cántaros quebrados é

otras vassijas, é algunos sanos é de muy buen vidriado ó loça de tierra, que solian llevar los indios, quando allí yban, llenos de manjares é diversos potajes, é los dexaban allí, diçiendo que eran para que la vieja comiesse, é por la complacer é aplaçar, quando algun terremoto ó temblor de tierra ó otro resçio temporal se seguia, porque pensaban que todo su bien ó su mal proçedia de su voluntad della.

Aquella possada ó materia (donde aquella vieja deçia este indio que ser recogía) yo no lo sabria comparar ni me paresçio de otra manera que la pasta del vidio, quando está coçiéndose, ó como el metal ó bronce de una campana ó de un tiro de pólvora, é assi aquello que hervía en el poço de Massaya paresçia lo mesmo. Son las paredes de la barranca mayor de piedra resçia en parte é de tosca é deleznable en la mayor cantidad del çircuyto; y el humo que sale del poço, es de la parte del Leste, y extiéndese al Hueste por la continuacion de la brisa, y en la boca del poço, á la orilla, háçia el Norte, tambien sale un poco de humo. Este monte de Massaya está á seys ó siete leguas de la mar del Sur, é apartado de la costa dentro en tierra en doçe grados y medio, pocos minutos más ó menos, de la línea equinoçial en la parte de nuestro polo ártico. É aquesto baste quanto á lo que prometí escribir en este quinto capítulo.

CAPÍTULO VI



En que se tracta é haçe memoria de cierta relación que escribió fray Blás del Castillo, de la Orden de Sancto Domingo, é la enderesçó al reverendo padre fray Tomás de Berlanga, obispo de Castilla del Oro, el qual frayle entró en el dicho infierno de Massaya; á por evitar prolixidad deçirse há lo que haçe al caso, dexando muchas menudencias, qué quisó deçir á su propósito ó por su voluntad.

Tarde se remedian las palabras que por el mundo se desparçen contra la verdad, aunque esta, sabiéndose, las confunda á deshaga: porque no todos los primeros mal informados pueden despues ser avisados é desengañados de lo que antes se dixo.

Si este padre fray Blás del Castillo mirára que era posible venir á mis manos su relación, no dixera en la introduçion della que Gonçalo Fernandez de Oviedo, coronista de las Indias de Sus Magestades, no más de porque avia visto el dicho infierno de Massaya, le pidió por armas á Su Magestad, etc. Si dubda

á mí nunca me passó por pensamiento pedir tales armas ni merced, ni yo ni otro chripstiano las debe querer, y el frayle dixo lo que le plugo en ello. En lo que yo escribí en el capítulo precedente dixé lo que ví é lo que sentí, y este religiosos diçe lo que á él le fue mostrado por sus ojos, segund lo entendió: é no me maravillo de que baxando á la plaça desta sima, tenga otra vista é haya más cosas que notar de las que yo tengo dichas en este caso. É por tanto, abreviando su relaçon, sin dexar de decir lo que á su relaçon compete y es substançial, diré lo que siento de su motivo é lo que despues he entendido desta materia, porque el letor quede más informado de la historia.

Este frayle, el año del mill é quinientos é treynta é quatro, estando en Nicaragua oyendo hablar en este infierno de Massaya, tuvo desseo de lo ver, é no pudo por entonces porque yba al Perú, desde donde volvió despues á la Nueva España. Y en el año de mill é quinientos é treynta y seys fué desde México á Nicaragua, que hay quatroçientas leguas por tierra; é fuésse á Granada, é acordó de yr á ver á Massaya despues que lo ovo comunicado con un frayle de Sanct Françisco, flamenco ó francés que allí halló, llamado fray Johan de Gandabo. Y para esto tomó en su compañía á Johan Anton é Johan Sanchez Portero é Françisco Hernandez de Guzman, é llegaron á ver aquella sima martes en la tarde, dia de Sanct Basilio, doçe de junio de mil é quinientos é treynta é siete años. É diçe este padre que ninguno de los que allí han subido, no saben deçir ni afirmar qué cosa es aquello que ven en aquel profundo; porque unos diçen ques oro, otros ques plata, é otros ques cobre, otros ques hierro, é otros piedra açufre, é otros agua, é otros diçen ques infierno é espiradero del mal; que en el fin de su relaçon hablará sobre todos essos paresçeres, pues no se confirman ni hay quien sepa dar á entender lo que ven á quien no lo ha visto. É diçe que cresçido su desseo de entrar á ver qué cosa es aquello, que en aquel abismo con tan grand furia é ruydo de dia é de noche assi hierva, començó á reprender los que aquella tierra avian gobernado, pues que en catorçe años

ó más que en ella avia chripstianos no se avia entendido qué cosa era aquello, porque aunque no fuesse cosa de provecho lo que allí está, seria muy bien inquirirlo para la conversion de los indios, é seria haçer mucho servicio al Emperador, nuestro señor, el que esta verdad é secreto supiesse. É çertificaba á los ques dicho este padre que si le diessen aparejo é indios que entrassen con él, quel entraria en aquel infierno, porque él solo no bastaria á sacar cosa alguna de lo que en aquella caldera profunda ó poço ques dicho avia. É aquel Johan Anton dióle del codo, é díxole: “Callad, padre: que por ventura Dios no quiere que lo descubran capitanes ni personas ricas, sino pobres é humillados”.

Despues que estuvieron allí platicando é se hartaron de ver aquel fuego é suma, se tornaron á Granada, conçertando la entrada al dicho infierno: é desdeque estuvieron en la cibdad, consejónronse con aquel frayle flamenco, el qual ya antes avia visto á Massaya é desseaba saber este secreto, é aun les dixo que aquello que allí, no podia ser sino metal de oro ó plata é la mayor riqueza del mundo: é dábales algunas raçones para que ello subçediesse assi, é que á su paresçer seria bien entrar á lo ver. Pues cómo fray Blás á los demás oyeron esto, é quel frayle Françisco hablaba á propóssito de su cobdiçia, acogieron otros dos compañeros: el uno se deçia Gonçalo Melgarejo y el otro Pedro Ruiz, veçinos todos de la mesma Granada. É todos seys é fray Blás juraron el secreto á capitulaçion: é prometió fray Blás de ser el primero que en aquel infierno entrasse, y el Johan Sanchez Portero se profirió de ser el segundo, é Pedro Ruiz dixo quel seria el tercero: é assi les paresçio que no avia nesçessidad que indios entrassen, sino que se estuviessen arriba con los otros compañeros restantes para meter é sacar los que avian de entrar.

Con este conçierto ya dicho, el frayle é Johan Anton é Francisco Henandez fueron con cuerdas de cabuya á medir la hondura que avia hasta la plaza del dicho infierno; é no se pudo por estonçes saber, porque la cuerda se les quebró muchas partes.

Después, á los treinta de aquel mes, Johan Anton solo fué con mucha cantidad de cuerda é lo midió; é halló que hasta çierto muladar ó monton de tierra é piedra que hay abaxo en la plaça, son çiento é veynte braças. Despues, á los ocho de agosto, volvieron á Massaya fray Blás é Johan Anton, para mejor se informar de la medida, é anduvieron el terreno de dicho infierno todo por arriba (en que hay una legua é de malíssimo camino), por considerar é ver por qué parte debía ser la entrada más á propóssito é segura; é tornando á medir, hallaron que avia hasta la peña prinçipal, que está ó sale en medio del camino, sessenta é seys braças, é desde la dicha peña hasta el mulador ó monton de tierra ques dicho que está abaxo, otras sessenta é siete braças; é desde allí hasta la plaça abaxo diçe este padre que han çient braças, é desde las plaça hasta aquella materia que hierva otras çiento; de manera que todas son tresçientas braças ó más, desde donde todos pueden llegar arriba á verlo é hasta donde anda aquello que hierva. Y hecha esta diligencia, se tornaron á Granada.

Esta medida yo no la apruebo ni la creo, ni otros muchos que allí han estado, ni tampoco el gobernador Rodrigo de Contreras, que se halló pressente quando este frayle entró la terçera vez en aquel infierno ó sima, é otros muchos que en conformidad diçen que desde lo alto hasta la plaça no hay más de çiento é treinta braças: é assi me paresçieron á mí, quando lo ví que podria ser ello, poco más ó menos. Pero pues dixo que yo pedí por armas aquel infierno, assi como en ello no dixo lo çierto, no me maravillo que se alargue en su medida, la qual no aceptará ningun hombre de raçon é buena vista que allí haya subido é visto aquella hondura.

A los veynte de agosto se tornaron á juntar el frayle é sus compañeros, é retificaron su compañía é ordenaron de contribuir en los gastos, y eximieron dessa costa é este padre por ser religioso y el inventor desta su empresa é se ofresçia de ser el primero que avia de guiar ó entrar donde es dicho. Assi, por las aguas que sobrevinieron, para allegar los pertrechos é maromas é cosas nesçessarias para efettuar lo que estos

desseaban, se dilató algunos meses este negocio; pero juntadas todas las poleas é recabdo de todo lo neçessario, se pusieron en un pueblo de indios, que se llama Mamboçima⁸, que está media legua de Massaya, el qual pueblo servia á aquel Gonçalo Melgarejo, consorte de los sussodichos. Hiçiéronse muchos aparejos para esta labor, assi como poner una asa de hierro á un servidor de lombarda grueso, é una esphera grande redonda de hierro con sus barras, que se podría abrir é cerrar, para meter en ella cangilones de barro, que en çierta manera metidos en aquel poço pudiessen sacar en ellos de aquel metal ó licor. É porque faltaba un cabestrante é no lo mandaban haçer por no ser descubiertos, el frayle lo hiço por su mano en el lugar ques dicho que estaban todos los otros aparejos: é un miércoles, diez días de abril del año de mill é quinientos é treynta y ocho, juntado el frayle é su compañía, el Pedro Melgarejo les dixo questo era un peligro notorio é nunca visto su semejante, é no queria estar pressente á la entrada de aquel infierno, porque pensaba que quantos entrassen, avian de morir é se quemarian vivos; pero qué se quería yr á su pueblo de Mamboçima é les daría indios é todo recabdo, é quel frayle é sus compañeros se fuessen con Dios. También se salió afuera el Françisco Hernandez. Al fin los quatro compañeros restantes Johan Anton, Johan Sánchez, Pedro Ruiz é fray Blás proçedieron en su tema é fueron á la cumbre de Massaya, y el viernes siguiente assentaron el cabestrante, qué puso é todo lo demás á punto para entrar otro dia siguiente sábado.

Diçe este padre que la boca deste infierno es como una campana la boca háçia arriba y ensangostándose para abaxo, é arriba en las orillas no está igual en altor como la otra ya dicha, é á la parte oriental, ques háçia la otra, ó sea más igual é baxo, é por todas las otras partes está mucho más alto, é al Poniente es quassi un terçio más alto que por el Oriente: quiere deçir, que si á Oriente tiene tresçientas braças de hondo, como diçe el frayle que las tiene, que son quinientas é más al Poniente.

8 Debe ser Monimbó.

Crian por todas aquellas peñas é socarenas, que están haçia dentro del infierno, muchos papagayos grandes é pequeños, porque es mucha la distancia que hay de parte á parte de la boca, que será á paresçer un tiro de falconete ó passavolante, é bien se puede andar la boca á pié alrededor, aunque es mucha la distançia, é hay unalegua en torno é de mal camino: é yéndose ensagostando la boca desta sima para ayusso, como es dicho, háçese allá abaxo una plaça grande, no bien redonda, prolongada un poco de Oriente á Poniente, que terná de ancho abaxo quassi un tiro de escopeta; é de la tierra que de muchos tiempos é años ha caydo con las muchas aguas é temblores de tierra (los quales en aquellas partes son muy continuos) hay tanta tierra é piedra abaxo en la plaça, que se hacen arrimados á las paredes de las barrancas, alrededor de la plaça, unos muladares ó montones de tierra de piedra de çient estados é más en alto. La tierra de las barrancas é paredes alrededor es de muchas colores, conviene saber: blanca, negra, roxa, açul, amarilla é parda: vienen alrededor en todas las barrancas de alto á baxo, que paresçe que van al profundo háçia lo que hierve, unas çintas ó vetas, unas derechas é otras dando vueltas como culebras, que se diferencian mucho de la otra tierra de las barrancas; é las dichas vetas son más anchas que palmo é medio é dos palmos.

En toda la parte de dentro, en paredes ni en la plaça, no hay rama ni hierba chica ni grande, sino tierra de peña tosca, y de las más peñas que quiten dellas pedaços, son muy pessados, como que tienen metal en sí. É lo mesmo tiene la tierra que arrancaron de sobre las vetas, non obstante que la veçindad del tan grand fuego todo lo tenga chupado é atraydo á sí. En la plaça abaxo, de lo que ha caydo de arriba de peñas muy grandes, como quatro ó çinco carretas juntas, é de todas suertes, por su mucha hondura é distancia, peresçen desde arriba bolas ó chapines de mugeres: está la dicha plaça llena de espinas negras é un poco rubias, á manera de listas ó raspas de trigo, quel mesmo infierno arroja é despide de abaxo con tormentas é huracanes, quando éssas escorias echa por el ayre muy quemadas é recogidas é livianas, como esponjas.

CAPITULO VII



De lo que diçe el auctor é choronista aditando ó advirtiendo al letor en lo que está dicho de la relación del frayle.

Antes que á más se proçeda en la relación deste padre fray Blás del Castillo, porque el que lee no dexa de saber lo cierto, en que me paresçe é aun afirmo que se engaña este religioso, ó yo no lo sentí assi quando ví este espectáculo ó monte de Massaya, pues diçe que la plaça baxa desta sima no es redonda, sino prolongada, é aún me paresçio redondíssimamente perfetto su çírculo, exçepto si se debe comprender é sospechar que no siempre tiene una forma, sino que con el tiempo haçe mundança, á causa de aquel continuo hervor que en lo baxo anda de aquel fuego ó licor que allí está pues quel poço le han visto en este tiempo que ha que los chripstianos están en aquella tierra más hondo, al paresçer, de lo que en dichos tiempos otros le han visto, ó por aguas ó tierra tremol, ó por qualquier cosa quello sea. É aquellos muladares que este padre diçe que hay abaxo en torno de la plaça, tampoco yo no los ví quando en aquel monte subí,

ni aquellas vetas de muchas colores é continuados, como él diçe, sino á partes; é no por órden sino una mancha acá é otra acullá, desviadas. Torno á decir que no me maravillo que allá abaxo tenga aquella profundidad otra figura ó paresçer muy distinto de lo que desde tan léxos pueden considerar ó ignorar los ojos humanos, viéndolo desde la parte superior que aquello se mira, é desde donde yo estuve mirando aquella sima: quanto más que aun en las cosas que los hombres miran desde tan çerca, los unos como los otros lo suelen juzgar en diferente manera en muchas particularidades; é assi las entienden deferençiadamente por defetto de los mesmos ojos, por la diferençia ó porque el sentido es diferente en los hombres, ó por otras causas que á este propóssito se podrian dar, en que no me quiero detener por proçeder en la relaçion deste religioso.

CAPITULO VIII



En la prosecucion de la relacion de fray Blás del Castillo en lo que por él se notó del infierno de Massaya.

La manera de la caldera ó poço que diçe que está en medio de la plaça, me haçe assimesmo sospechar en las mudanças de su forma. Quando yo lo ví, estaba más acostado á la parte del Sur que á otra parte, como lo pinté en mi ralaçion é historia; é yo no contaba aquella hondura del poço desde la plaça hasta la materia que arde, como el letor puede aver oydo, sino tan hondo como la mitad de terçia parte, é yo arbitré de la altura que hay desde la dicha plaça á lo más alto de la peña, é diçe fray Blás que tiene çient braças de hondo el poço desde la plaça á la materia. El gobernador Rodrigo de Contreras, é otros que se hallaron presentes, quando la terçera vez este fraile entró, diçen que no avia sino hasta quarenta ó cinçüenta braças.

Yo me maravillo tambien de que diçe este padre que por arriba en la cumbre se puede este monte andar muy bien en derredor, como unas barandas de açotea que tienen su patio

en medio, porque á mí me paresçio asperíssimo é imposible poderse andar como él lo diçe. Tambien diçe que la boca del poço no es redonda, sino prolongada (como la plaça) de Oriente á Poniente, é á mí me paresçió desde arriba tan redonda como un compás podría haçer un çírculo.

Diçe que terná de largo aquella caldera tanto como dos carreras de caballo grandes, é una buena de ancho, é yo no la juzgara assi ni por la octava parte dessa grandeça; é como he dicho no me quiero detener en esto, que mejor lo pudo tocar quien baxó, como el fraile, á aquella plaça, quel que lo miró desde donde yo lo ví.

Diçen que por la parte de Poniente no van las peñas derechas háçia abaxo, sino echadas ó ensangostándose háçia el metal ó aquello que hierve; de manera que arriba está ancha la boca del poço, é abaxo, junto á la materia que hierve, está angosto por aquella parte del Poniente, é que á la parte del Oriente no van assi las peñas, sino al revés; que arriba está la caldera angosta, é abaxo, junto aquel licor que hierve, está ancho; de manera que lo demás de la plaça de aquella parte está socavada ó en vago. Lo que anda debaxo derretido, diçe ques desta manera. Una laguna colorad, con tan grand ruydo como la mar, quando con mucha furia bate en las peñas, y ençendida esta laguna ó licor sin llama, como el metal de una campana quando está derretido é lo quieren soltar para que entre en el molde, ó como el oro ó plata derretido líquido en la riclara, salvo que tiene una tela ó napa ençima, negra é muy grande, de dos ó tres estados en gordo, al paresçer. Y es de notar que si no fuesse por essa tela é horrura de escorias que aquel licor ya dicho ençima de sí tiene, echaria á todo saçon tanta claridad é resplandor de sí, que no solamente en la plaça abaxo no se podria estar ó entrar, mas arriba en lo alto de la cumbre desse monte no avria quien por el mucho calor se pudiesse asomar á verlo; pues esta tela é horrura, ya se abre ó resquebra por unas partes é ya por otras é ya por toda ella juntamente, y estonçes paresçe el licor é metal abaxo colorado, á manera de relámpago, quando va ondeando por

el çielo, como culebra, y esto por muchas partes y en todo tiempo, sin jamás çessar.

En medio dessa laguna ó metal saltan ó revientan dos borbollones ó manaderos muy grandes de aquel metal continuamente, sin ningun punto çessar, é siempre está el metal ó licor allí colorado é descubierto, sin escorias; y echa allí aquel metal más alto, al paresçer, de quatro ó cinco estados, é unas veçes más que otras.

Está el un borbollon ó manadero un tiro de herrón bueno apartado del otro, y esto es háçia enmedio de la laguna é á las orillas háçia las peñas ó junto á ellas: é salta é hierve é revienta aquel metal ó licor, ya por una parte é ya por otra, que paresçe que vienen de léxos á entrar en él arroyos ó gruessos caños de aquel licor o metal; y esto con grand ruydo ó furia, que andan las olas de una parte á otra háçia las paredes ó peñas, como artilleria, quando baten muralla. É todo esto con tan grand sonido como una mar, quando anda brava con tempestad batiendo en peñas é rocas. Tiene todas las peñas ó paredes que están alrededor juntas al metal siete ú ocho estados al paresçer muy negras, que se diferencian mucho de las otras peñas de más arriba; y esto es que quando hierve, salta ó arroja aquel metal arriba é alcanza hasta allí: al Oriente, un poco más al Lesnordeste, allá abaxo junto al metal, va una entrada de cueva por debaxo de las peñas muy honda é muy ancha al paresçer, que terná un tiro grande de herron de anchor; é del metal ó licor de la mesma laguna entra por la dicha cueva un arroyo á manera de rio de aquel metal, que paresçe quel mesmo metal de la laguna se va desaguando por la dicha cueva, de manera que corre un rato é párase otro, é corre otro é çessa otro, é assi anda siempre. Sale de dentro desta cueva háçia la laguna grand humada, porque es más el humo que sale por aquella cueva quel de toda la laguna junta, el qual humo huele un poco á piedra çufre, é no mucho á respeto de su grand cantidad, é todo aquel humo de la laguna é de la cueva es grasiento, como en las minas de plata, quando funden el metal. Finalmente, sale de toda

aquella caldera háçia arriba tan grand calor é resplandor, que no se puede creer ni deçir, si no se ve, porque de noche con el grande resplandor é claridad que de sí echa, para todo el çielo ó ayre de ençima de la caldera é de la sierra tan claro, ques cosa de ver, desta manera: que de noche en el çielo ençima de aquel volcán ó sierra hay una claridad muy grande é muy clara, é más arriba un trecho en otras nubes hay otra claridad tan grande é menos clara como una corona de un papa, y esto en las nubes ó en el ayre de ençima. De manera que la dicha claridad diçe fray Blás quél la ha visto de noche muchas veçes por tierra doçe leguas, é por otras partes se ve más, y en la mar del Sur la ven los marineros de noche, quando por allí pasan, veynte é veynte é çinco leguas, é quando más escura es la noche, más claridad paresçe. Está el dicho infierno de la mar del Sur la tierra adentro poco más de siete ó ocho leguas.

Es de notar queste fuego, ó lo ques, no echa llama ni abaxo la hay chica ni grande, salvo que quando desde arriba echan un palo ó una saeta tirada con ballesta, como diçe este padre que las vió tirar ençima de la escoria, que entonçes la hay durante quel palo ó saeta arde, como una candelica muy pequeña, é quemado aquel palo, no hay más llama.

Diçe el choronista Gonçalo Fernandez de Oviedo que desde donde él vido aquella napa ó tela é horrura que está sobre aquel licro, de aquí se tracta, no paresçia sino muy delgada, como una espuma que se haçe en una olla al fuego puesta con agua, é que pues el fraile testifica de tanta grosura, como diçe, que assi debe ser; pero no açepta que paresçe aquel licor como relámpago debaxo de aquella horrura, ni creo que si no la tuviesse, echaria tan exçesiva claridad, como el padre diçe, que no se pudiesse entrar en la plaça ni asomarse arriba á vello: é pruébase lo contrario, porque quando huye aquella horrura con el borbollar y hervor que alça aquel licor, ni hay más claridad ni calor que hasta entrar. En lo demás no se debe dexar de creer que estas cosas é otras quanto de más cerca son consideradas, mejor se penetran de nuestra vista é más proporçonadas al natural se entienden que desde léxos.

Hay mucha diferencia en ver este infierno de día ó de noche, porque de noche echa tan grand claridad que paresçe muy bien y es cosa de ver. En verano ó en tiempo de aguas ó truenos hay tanta diferencia, que no se puede creer sin verlo, porque en levantándose el aguaçero ó nublado, haçe cosas é visages que paresçe ques cosa viva é que siente, é no cosa muerta é sin sentido: é quando el agua cae derecha del çielo en la caldera, en el ayre, antes que llegue á la escoria, con su grand calor la consume, tornándola humo ó niebla, de manera que todo lo oscuresçe. Esto es de día; porque de noche todo está claro, de forma que desde lo más alto de la barranca ó monte, donde todos pueden llegar los que verlo quisieren, se lee muy bien á qualquiera hora de la noche en todo el tiempo del año una carta ó las que quisiere. En sí diçe este padre que reço allí maytines é lo que queria, sin echar menos el día para reçar. Algunos diçen en aquella tierra que en unos pueblos de indios que están cerça del dicho infierno, una legua abaxo apartados, han leydo algunas veçes españoles las cartas mensajeras de noche al resplandor: lo qual el fraile diçe qué no lo ha visto, é diçe que los que miran desde arriba la caldera desse metal ó licor, no pueden ver por su grand hondura todo el campo ó grandeça ó cantidad del metal, é que quando mucho vieren, podrá ser la terçera parte, desta manera: que si el que mira abaxo se pone á la parte del Oriente, no ve abaxo en la caldera sino el terçio que della está al Poniente; é si mira desde la parte del Poniente, no ve de la caldera sino lo que ella tiene al Oriente. É assi de las otras partes, exçepto los que han entrado á la plaça abaxo ó los que entraren, que aquessos lo ven bien é aun no todo, é con mucho peligro de caer dentro.

Afirman en aquella tierra los indios, é aun los españoles, que despues que se ganó aquella provinçia, una vez que llovió mucho aquel año, subió ó cresçió aquel licor ó metal hasta arriba, é no saben de qué manera; é que con su grand fuego quemó en una legua ó más alrededor quanto halló, é que echó un roçio ó vapor de sí tan caliente, que todas las

hojas de los árboles é ramas é hiervas en dos leguas é más alrededor se coçieron en toda aquella tierra.

Tienen los indios por su dios á este infierno, e solian allí sacrificar muchos indios é indias é niños chicos é grandes, é los echaban dentro en la plaça por aquellas peñas abaxo; y esta causa diçe este padre que le movió principalmente á entrar dentro, por quitar á los indios, si pudiesse, de tal creencia é fée como en esse diablo tienen. Y es de notar que si no eran çiertos viejos que allí tenían cuidado de los sacrificios, como saçerдotes, los demás, por grand reverençia é temor, no osaban, ni aun agora osan, llegar á verlo. Diçe más este padre: que no hay persona que lo pueda ver, sin grand temor é admiraçion ó arrepentimiento de sus culpas é pecados, porque en esta vida no se puede ver ni imaginar otro fuego mayor despues del fuego eterno, ni hay quien perfectamente pueda escribirlo ni dar á entender como ello es. Y á esta causa diçe que en aquella tierra los confesores han dado por penitençia á algunos que han confessado, que lo vayan á ver; pero que despues de averlo visto la primera vez, no se hartan los ojos humanos de verlo, aunque mill veçes lo hayan visto, porque alegra mucho la vista aquel licor que allá abaxo anda hirviendo y ençendido. Porque segund él diçe, con toda verdad se puede deçir ques aquel lugar, donde no hay escuridad ni noche.

CAPITULO IX



En prosecucion de la empresa é ralaçion de fray Blás en el infierno de Massaya.

Ya tengo dicho (diçe fray Blás) que cómo se truxeron lo adaresços nesçesarios sobre la barranca del infierno é los assentaron para entrar, otro dia siguiente sábadó, pusieron el cabestrante treynta piés apartado de la orilla de la barranca, é pusieron una viga de veynte é çinco piés ó poco más con un agujero al cabo, y en él una roldana ó castillo con un perno ó clavo grueso; y el cabo desta viga salia afuera volante sobre la barranca quatro ó çinço piés, é destrotta parte ó cabo en tierra cargáronla de grandes piedras. Esto era en derecho y en par del cabestrante, al qual se puso un grueso cable ó maroma de çiento é treinta é cinco braças: é metieron el cabo desta maroma por la dicha roldana é polea que tenia la viga, donde salía fuera de la barranca. A este cabo del cable ataron un troncon de un árbol de madera muy pessada, é tan gordo como un buey é algo más luengo que un estado é medio; é por medio deste troncon tenia una muesca, por dó estaba atado

el cable á ese troncon, porque las peñas no le roçassen por allí: é soltaron ó aflojaron el cabestrante poco á poco, é desta manera, é no con poco trabaxo, metieron el tronco hasta que se sentó sobre uno de los muladares ó montones de tierra é piedra que la historia ha dicho que hay abaxo. Las peñas é piedras é tierra queste troncon derribó por dó passó, por su grand pesso, y el ruydo que yba haçiendo, no se pueden creer sin verlo; pero totalmente este palo les aliñó é aseguró el camino.

Desde lo tuvieron assentado abaxo, tornaron á tirar de la maroma como si la quisieran subir, é assi se estiró ó atesó el cable todo lo pisible, en tarl forma que se alvaban muchas peñas é socavaduras ó socareñas que hay en la barranca, é quedó el cable que paresçia estay de nao (ques aquella cuerda que desde la gavia de la nao, para la tener fuerte, va tirada hasta el castillo de proa), exçpto que esta yba más derecha para abaxo: é aqueste era el camino para los que avian de abaxar.

Tenian otra roldana ó castillo redondo, del tamaño de un plato, con un agujero en la mitad tan grande como la muñeca del braço; y essa roldana con un çerco de hierro redondo que alrededor la apretaba, é á una parte, despues de çeñida en el mesmo çerco, una asa de hierro, á que estaba atada otra gruessa maroma, tan grande ó tan luenga como la que tenia el troncon. Y en esta segunda metian al que avia de entrar (salvo quel primero cable ó estay yba metido por enmedio del carrillo de palo ya dicho é de su arco de hierro), de manera que atado el hombre al haro ó asa de hierro de la roldana ybanlo metiendo con la maroma é cabestrante poco á poco: é no podía yr por las peñas de la barranca acá ni allá, sino derecho por el cable o estay abaxo hasta el muladar, dó estaba el troncon assentado allá abaxo. Y el hombre yba metido en un bolso ó çincho como aquellos con que cogen la orchilla en Gran Canaria: de manera que si el que assi baxaba muriera ó se desmayara en el camino, lo podían tornar á subir. Estos artifiçios peligrosos enseña la cobdiçia humana á los

cobdiçiosos, que sin temor de perder el cuerpo y el ánima, se ponen é aventuran tan determinadamente á poner las vidas en riesgo é aventura de morir ó cumplir sus vanos deseos.

Assi que, llegado el sábado del año de mill é quinientos é treynta y ocho, y en el mes de abril, é antes de la dominica de Ramos, treçe de aquel mes, el fraile é sus tres compañeros se levantaron muy de mañana, é despues de se aver confessado é los que avian de entrar tras él (que eran Johan Sanchez Portero é Pedro Ruiz), el fray Blás dixo missa de Nuestra Señora, é reçoó las horas de aquel dia todas juntamente, é almorçaron. É fecho ésto, se pidieron perdón los unos á los otros con lágrimas, porque no sabian si se avian de tornar á ver ni en qué avia de parar este negoçio, é luego el frayle cogió muy bien las faldas de sus hábitos á la çinta, é puesta la estola como sacerdote en cruz delante de su pecho, é atada con la çinta bendita, tomó un martillo pequeño, é púsosele en la çinta á la mano derecha (para derribar las piedras movediças por el camino) é una cabalaça pequeña con hasta un quartillo de vino é agua, é atada á la mano siniestra, é un casco de hierro en la cabeça, y ençima un sombrero bien atado. É assi se puso en el balso ó çincho en que avia de entrar, é atado muy bien, tomó una cruz de palo pequeña, la qual llevaba en la mano é á veçes en la boca por su camino ó maroma abaxo; é despues que á quarenta ó çinqüenta indios que allí estaban les dio á entender que la cruz que en la mano llevaba era la espada de armas de los chripstianos contra el dios ó diablo de los indios, despidióse este padre de sus compañeros, y ellos le encomendaron á Dios.

Entrado dentro por la forma ques dicho, fué el primero hombre que tal camino hiço, é no sin harto trabaxo é peligro, porque como los que arriba quedaban no eran diestros en el offiço, é muchas veçes le perdían de vista por las concavidades de la barranca, soltábanle muchas veçes en el ayre ó en vago quatro ó çinco estados ó más, como al que dan tracto de cuerda. De manera que quando llegó abaxo al troncon ya dicho, le faltaba la mayor parte del cuero de las

manos, é le ovieran aprovechado assaz unos guantes, é á no llevar casco en la cabeça corriera peligro su vida, porque le açertó á dar una piedra tamaña como una nuez en la cabeça con tanta furia, que le hiço meter el pescueço en el cuerpo é temblar todas las carnes. Y es muy contínuo caer allí piedras é galgas de toda suerte juntamente con tierra de muchas partes, es especial entonces por donde yba este padre, porque los cables ya dichos derribaron de la barranca muchas piedras.

Llegado abaxo, se hincó de rodillas, é bessó la tierra, dando graçias á Dios que le avia guardado, é fuesse con su cruz en la mano por el muladar abaxo hasta la plaça, que hay buen trecho é de cuesta muy derecha: é cómo llegó á la plaça, le perdieron de vista desde arriba sus compañeros por la mucha hondura.

Parésçeme quel atrevimiento é osadia deste fraile es el más temerario caso que he oydo, porque como he visto este infierno de Massaya é me acuerdo de su profundidad, me maravillo más de lo queste padre emprendió: é yo le tengo por más osado é cobdiçioso que sabio, pues muchas veçes en su relaçion quiere dar á entender que aquella materia que hierve, es oro ó plata.

Diçe que baxado ya á la plaça, fuésse santiguando con la cruz que llevaba en la mano, é recatándose si por acaso avia, açercándose á la caldera fogosa, algun peligro, porque en muchas parts en el llano mesmo de la plaça sale el humo como de chimenea por entre las peñas; é yba diciendo el evangelio de Sanct Johan, é aquel acabado, deçia: "*Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam*". "No á mí, Señor no á mí; más á vuestro sancto nombre sea dada la gloria". É començó á mirar si por aquellos muladares via los huessos de algunos indios de los que allí avian despeñado ó algunos ydolos: é no vido cosa alguna, porque aunque los oviesse, la tierra que cae de lo alto lo ternia todo cubierto. Despues llegóse este padre á una de aquellas vetas que baxan de alto á baxo, é con el martillo que llevó, dio golpes en ellas, é no halló nada más de

paresçerle á él vetas de metal de plata, é que por el grand fuego de abaxo de la caldera, están chupadas é mamadas sin virtud.

Desde esso ovo hecho, fué á una peña de las grandes que está en la plaça, y ençima della puso la cruz de palo pequeña que llevaba, lo mejor que pudo, con unas piedras en torno della, porque el viento no la derribasse. É volvióse fray Blás por dó avia baxado, é le devisaron é vieron desde arriba sus compañeros, é no poco se holgaron, porque avia rato que no le vian en ninguna parte de la plaça, á causa de la grand distançia; é pensaban que era ya quemado. Y cómo el fray Blás miró arriba, vido que le haçian señas con un paño blanco, sin que las voçes que le daban se pudiesen entender ni oyr más del eco é tumbar dellas, no claro lo que le deçian; pero entendió que essa señas le llamaban para que se subiesse é atasse al balso, porque los indios, pensando que era muerto, se huían, é los de arriba no los podian detener. Entonces este padre se fue al balso ó çincho, é halló que se lo avian subido en el ayre más de don lanças en alto; é á más no poder le fue neçessario, para alcançarlo, que se acordasse de lo que avia aprendido á trepar antes que fuesse frayle, é con harto peligro por la tierra que de lo alto caia. Podria estar en todo quanto estuvo dentro de la plaça, espaçio de tres horas largas: atado al balso, le tornaron á subir arriba.

No dexo de creer que este frayle fué marinero algun tiempo, é que seyendo hombre de la mar, passó á las Indias, pues diçe su relacion que fray Tomás de Berlanga le dió el hábito en Santiago: el qual, mucho tiempo antes que fuesse obispo, fué morador en las Indias é perlado é buen religioso en el monasterio de la cibdad de Santiago de la Isla Española.

De los peligros que se sospechaban antes que fray Blás entrasse en Massaya, diré algunos; y eran tener por imposible entrar allí hombre vivo, é ya que allá baxasse, ser imposible tornar á subir: lo segundo, que como desde arriba paresçe en la plaça todo lo que della se puede ver pardo, pensábase que

seria çeniça, é no terreno tiesto é seguro, sino floxo é caliente, por la veçindad de tan grand fuego, é quel que entrasse allí, se sumiria é se quemaria: lo terçero, porque se pensaba que allá abaxo la calor seria exçesiva, é incomportable ella y el humo que allá anda. É otras muchas cosas deçian que se dexan por su prolixidad; é aun platicaban entre los españoles quel que allí entrasse, no avia de ser sino alguno ya sentençiado por delictos á la muerte; é sospechábase que allá en aquella profunda suma no andaba viento para templar tanta calor, é poder alentar el que allí desçendiesse. En fin, subido fray Blás, fué grande el goço de los compañeros, é muchas las preguntas que le hiçieron de aquel infierno de donde venia: el qual les respondió, que quanto á subir é baxar ya ellos lo avian visto, é que quanto á la çeniça no era lo que paresçia, sino espinas quel mesmo infierno echa fuera del poço quando las despide á manera de escorias; é que como las envia calientes, se van derritiendo en el ayre como hilitos ó aristas ó raspas de las espigas de trigo, é rubias un poco; é despues que se enfrian, quiébranse por muchas partes; é que no le pessara aver llevado guantes, porque no pocas dessoas espinas traia hincadas en las manos.

Quando á la calar, dixo que no la avia allá abaxo, sino tanto ó más ayre que le hay arriba ó fuera de aquella sima, tanto que en partes era perjudicial, porque de la tierra que de arriba cae el ayre haçe mucho polvo é lo metia por los ojos; é quel que allá abaxo está, es menester guardarse de las galgas é piedras que las barrancas despiden. É que de quando en quando salen de aquella caldera unos bahos calientes grasientos, como de metal, que huele un poco á piedra çufre; pero que abaxándose el hombre un poco, atapada la cara é los ojos, luego passa aquello: é que otro peligro alguno en Dios y en su consciencia no avia tenido ni sentido allá abaxo; é quél tenia á todo su juyçio por plata aquello que anda derretido en la caldera de aquella profundidad, é que era menester que toviesse más compañia para sacar la muestra dello é salir dessa dubda.

CAPITULO X

Continuándose la relación del frayle en las cosas del infierno de Massaya.

Cómo vieron fray Blás é sus compañeros el término en que estaba su empresa, é que tenían abierta la puerta y hecho claro el camino para no temer cosa que tan temerosa antes les paresçia, é quel estay é todo lo demás estaba aparejado, acordaron que uno dellos quedasse allí á guardar todo aquello (este fué Pedro Ruiz, con algunos indios) y el frayle é los demás se fueron aquella noche á Granada á dar órden en acrescentar el número de la compañía. Y el domingo de Ramos, catorçe del dicho mes, se juntaron por la mañana en Sanct Françisco, é llamaron á Gonçalo Melgarejo é contáronle todo lo que avia passado: el qual se holgó de oyrlo, é dieron parte á otro llamado Benito Dávila, é dixo qué seria uno de los que entrassen en Massaya, é aun seria el primero; é á su ruego tornaron á resçebir á Françisco Fernandez, pues que la cosa era tan rica, si saliesse como ellos lo arbitaban, que avia para sacar de nesçessidad á muchos. Assi que, ya eran siete compañeros, conviene á saber: fray Blás, Johan Anton, Johan Sanchez Portero, Gonçalo Melgarejo, Pedro Ruiz, Benito Dávila y Françisco Fernández. É conçertaron que otro dia, lunes de la semana sancta, disimuladamente, unos por una parte é otros por otras, se fuessen luego al infierno de Massaya á conseguir su propóssito; é assi se juntaron el martes, diez é seys de abril, de la semana sancta, ençima del monte de Massaya. É despues de aver oydo missa, cada uno deçia que queria ser el primero que entrasse, por ganar honra; é para quitar este litigio echaron suertes, y al primero que cayó fué á Pedro Ruiz, é al segundo cupo la suerte á Benito Dávila, é al terçero á Johan Sánchez, é al quarto á fray Blás. Fecho esto, se escribió la capitulaçion desta compañía, é la firmaron de sus nombres, é hiçieron tres çédulas para poner abaxo en la plaça á manera de posesion que tomaban

de aquella caldera de metal que allí hierva, en nombre de Su Magestad é dellos; y essas çédulas metió el frayle por todos sus compañeros, cada una puesta en su ençerado sobre sí, que se escondieron en dicha plaça.

Assi que, estando todo á punto, despues de aver dicho missa este padre, é ya que querian almorçar para començar su entrada, vinieron asomar gente de caballo que venian en su rastro, y eran ciertos veçinos dessa cibdad de Granada, llamados Alonso Calero, Françisco Sanchez, Françisco Nuñez, Pedro Lopez, Diego de Obregon é otros, de lo qual el frayle é sus consortes resçibieron pena en verlos; pero disimularon su enojo, pues que en aquello pensaban que servian á Dios é al Emperador Rey, nuestro señor. É llegados los que assi venian, maravilláronse de ver el artifiçio para entrar en aquel infierno, tan á punto é con tanta xarçia é cadenas é lo demás, é conosçieron que aquello era cosa pensada é aparejada desde muchos dias antes, é aunque lo vian no lo creian, porque les paresçió que aquello era empresa de un príncipe más que de hombres semejantes. É cómo desseaban ayudar á los primeros, no como testigos, sino como compañeros, unos se quexaban al frayle, é otros á los otros, en no les aver dado parte en aquel secreto al prinçipio. En fin, dada sus buenas respuestas, todos almoçaron juntos, é los que avian de entrar se pusieron en órden, unos con glantes, é los que no los tenian pusiéronse paños en las manos, por las espinas quel frayle les avia dicho que avia, é cada uno con su casco en la cabeça, por las piedras é galgas que caen: é algunos se pusieron nóminas con reliquias al cuello, é se encomendaron á Dios, y en las oraçiones de los que acá quedaban, como los que van á morir.

No poco de loar el esfuerço é osadia desta nuestra nasçion; y es çierto que aunque esto está de muchos é muy largos tiempos experimentado, é por incontables auctores é ojos de los passados é presentes visto, que á quien ha mirado este infierno de Massaya, como yo, le paresçerá ques una de las mayores osadias que un hombre mortal puede acometer

entrar en aquella sima tan profundíssima, donde solo mirarlo desde arriba, y estando seguro del peligro, es mucho esfuerzo llegarse hasta aquella boca, quanto mas desçender adonde tan çiertos inconvenientes é trabaxos están aparejados, é tan dificultosa la baxada é inçierta la vuelta. Cosa es verdad de grand espanto pensarlo, é historia muy peregrina é muy estimada de quantas se han oydo ó escripto por verdaderos auctores.

Al primero desta compañia le cupo entrar en Massaya, fué Pedro Ruiz; é atado en el balso, é atada consigo una çesta con una calabaza de agua dentro é comida, é alrededor puesta paja, porque no se quebrassen las bassijas por las peñas, y encomendándole todos los miradores á Dios anduvo el cabestrante é torno, que lo traian indios, poco á poco, é assi lo metieron hasta el muladar: é se desató allá á sí é á la çesta, é fuesse por el muladar abaxo á la plaça. É tornarn á subir el balso, é púsose en él Benito Dávila con otra çesta de bastimento ó comida é agua é una cruz de palo pequeña, é fué abaxado por la mesma órden, é desatándose, baxó desde el troncon hasta la plaça; é llegado allá, le vieron desde arriba cómo se hincó de rodillas á la otra cruz, quel frayle avia metido allá el sábado antes, que estaba sobre una peña y en otra el Benito Dávila hincó ó clavó la cruz que llevaba, con un clavo. Vuelto el balso, entró en él Johan Sanchez con otra çesta, en que yban los cangilones de barro coçidos, que dentro de la esphera de hierro se avian de meter cada uno por sí: é tornado el balso arriba, entró fray Blás, é á él atados sus hábitos é puesta su estola, como hiço la primera vez, é llevaba las tres çédulas de la possession; é metió otra çesta con las cadenas é la esphera de hierro, é un mortero ó servidor de lombarda é un martillo é unas tenaças y escoplo é algunos clavos, por si fuessen menester.

Cómo todos quatro fueron abaxo, dióse órden de meter una viga grande de veynte é nueve pies luenga, con una roldana al cabo, en que se ocuparon é se passó aquel dia hasta la noche, dexando cansados los de arriba é de abaxo por lo qual

no se les pudo meter agua; é la que avian llevado los que en la sima estaban era poca, é con el trabaxo é la calor bebieron la que les quedó con muy estrecha raçon, é assi passaron hasta el siguiente día. É á prima noche, por su sed, no se pudo haçer más de llegar la viga á la orilla de la caldera, é assentáronla por donde les paresció que convenia, destamanera: sacaron el un cabo de la viga con la roldana ó carrillo que tenia hasta çinco piés fuera de la orilla de la caldera, y el cabo que quedaba dentro de la plaça, é cargáronle de piedras, é pusieron las cadenas é maroma á punto; y hecho esto se pusieron á dormir un rato dentro de la plaça.

De noche, la grand claridad que de sí echa aquella caldera, es causa que lo que avian de haçer lo podian como de dia efettuar, porque allí no hay noche en aquella plaça, é por esso no aguardaron á la mañana; sino cómo reposaron alguna cosa, començaron á trabaxar, aunque el sueño, segund el frayle diçe, él solo durmió é no los demás, á causa del ruydo por la bateria de aquel licor en las peña é rocas, que paresçe que toda la plaça tiembla. Assi que, levantados todos en pié, fueron todos quatro á la viga é alistóse la sogá, é començaron á meter el mortero de hierro hasta una braça, é hincáronse de rodillas é prometieron á Nuestra Señora de Guadalupe çierto voto; é levantáronse en pié é començaron á meterlo los tres dellos, porque el otro, que fué Johan Sanchez, fué é la otra parte de la caldera, quassi al contrario, enfrente de los compañeros, para ver cuándo llegaban abaxo.

Ençima del mortero de hierro arriba, quanto una barça dél en la mesma cadena, yban atadas çiertas hilachas blancas, para quel que yba á la otra parte viesse el mortero, é lo segundo para que quando se ençendian é ardian essas hilachas, se entendiesse quel mortero allegaba abaxo á la escoria. Finalmente, se metió el mortero tres veçes, y en las dos no sacó nada, aunque les paresçia que avian llegado abaxo a las escorias; pero la verdad era que no llegaba: la terçera vez, cómo la cadena y el mortero se pegaron con la escoria abaxo, tuvieron trabaxo en arrancar é despegar el mortero de

la escoria por su grand pesso, é paresçióles que traia metal, y era quel mortero é la cadena venian todo enfoscado é cubierto alrededor de escorias. Lo qual, subido arriba, é visto que no podian sacar más de las escorias de encima del metal, é que la escoria era mucha é negra é liviana é agujereada de agujeros muy luçios é blancos é resplandesçientes (como que dellos se oviera sacado metal, é paresçia que debia ser oro ó plata más que otros metales), é porque entonçes quedaban cansados é con mucha sed, estos experimentadores tornaron á reposar hasta la mañana.

Quanto á la hondura de çient braças en la caldera hasta aquel licor, diçe Rodrigo de Contreras que no hay sino quarenta ó çinquenta braças, desde la boca ó la plaça hasta essa pasta ó lo que es, que fray Blás afirmaba ser oro ó plata, é los más tienen ques minero de açufre.

Llegado el dia, los de abaxo enviaron con las sogas una carta para que les baxassen agua; é no les escribieron lo que passaba por no les desmayar: antes les significaron que era grand riqueza ó que avia muestra de plata; y en tanto que la carta yba paresçióles á los de abaxo que se debian salir luego, porque eran pocos para lo mucho que avia que haçer, é por la grand hondura el mortero, é la cadena é sogas pessaban mucho, y las catorçe braças de cadena que eran menester más porque la sogas que metian yba á rriesgo de quemarse, é cada vez salia chamuscaba en partes, é á quemarse aquella sogas, corrian los de abaxo grand peligro, assi de no poder tornar arriba como de no los poder desde ençima proveer de comida ni de agua, porque con aquella sogas, que seria de çiento é quarenta braças, ternian los de abaxo lo que desde arriba se les enviaba.

Era essa sogas tan gruessa como el dedo pulgar, é con essa cuerda el balso era guiado; é assi por lo ques dicho tenia de tornar á meter la dicha sogas en la caldera con las cadenas é lo demás, é por tanto estaba de voluntad de subir arriba para volver á su labor con mejor aderesço á concluir lo començado.

Los de arriba holgarónse con la carta, y enviaron luego una calabaça grande de agua é una çesta con una carta, en que les enviaban á decir, pensando que avian sacado mucha plata, que mirassen lo que haçian é cómo la sacaban, porque los hidalgos que allí avian venido, cobdiçian mucho ver é saber qué era lo que avian sacado, contra su voluntad, si de grado no se les mostrasse; é que subiesse Benito Dávila primero. Cómo los de abaxo vieron esta carta, acordaron que dixessen que avia grand muestra de riqueza é subieron los tres primeros é quedó el frayle á la postre. É llevaba consigo una çesta, en que la esfera y el servidor ó mortero avian baxado, é dióles á entender que allí yba lo que avian sacado; y en la verdad, si no usara deste ardid ó les diera esperança con la çesta á los de arriba, posible fuera que algun travieso é de poca consçiençia le hiçiera alguna burla é le cortara la sogá. É acabado de subir, todos fueron á él, é le rogaron que les mostrasse lo que traia; pero él dicho que no lo podia haçer sin liçençia de los compañeros, é con la mejor manera que lo supo encubrir, metió la çesta en una arca que allí tenia é guardó la llave.

Visto esto, se apartaron de allí enojados los que atendian y escribieron al gobernador Rodrigo de Contreras, que estaba en León, haçiéndole saber lo que avian visto é que sospechaban que se avia sacado grand muestra de riqueza. Y con el Benito Dávila escribió fray Blás al gobernador lo que avia passado, é dándole á entender que no se debia ya llamar al infierno Massaya, sino parayso, aunque él tampoco lo entendió, como los demás, puesto que entró dentro.

Aquella tarde desbarataron el cabestrante é púsose en cobro lo demás, é otro dia mananesçieron estos compañeros y el frayle en Granada. Por manera que publicada la cosa, y entrando en sospecha que aquello era un grand thessoro, avisado el gobernador, él escribió que tuviessen á punto todos los aparejos que convenian para entrar en aquella sima, porque él queria mandar entrar en aquel infierno, y estar pressente á ver qué cosa era aquella. É assi se hiço: quel

sábado, veynte é siete de abril de aquel año, el gobernador fué en persona, é se puso en órden todo lo nesçessario; y el mártes siguiente, postrero de abril, señaló siete personas que entrassen en el infierno, los quales fueron aquestos: fray Blás del Castillo, Pedro Ximenez Panyagua, Johan Platero, Johan Martin, Anton Fernandez, portugués, Nicardo, francés. Cada uno dellos se parejó é proveyó de casquetes é guantes é lo que más les convino: é mandó el gobernador alargar diez braças de cadena, é fueron con las que primero tenia veynte é quatro braças. Y el mártes por la mañana, postrero de abril de mill é quinientos é treynta y ocho, despues quel frayle se ovo metido en el balso é le ovieron encomendado á Dios é començaron á lo meter, el gobernador se fué de la otra parte contraria por le ver mejor entrar; y en fin él baxó é despues dél otros dos juntos que eran Pedro Ximenez y el Nicardo. É volvió el balso ó çincho arriba é baxaron otros dos, que eran Panyagua é Johan Platero, estos baxaron riñendo; é tornando el balso á subir, baxaron Johan Martin é Anton Fernandez, portugués, é venian maltractados de las piedras que caian, é riñendo como los otros; pero á essos otros se les quebraron las vassijas de agua en el camino é quedaron con poca agua. É passóseles lo restante de aquel dia en meter otra viga con su roldana al cabo, por dó avian de baxar las cadenas al metal, porque la que la otra vez metieron, el frayle la avia echado en el fuego por ver si hacia llama. La siguiente noche, ya puesta muy bien su viga, é con su cadena é polea, avia en la cadena que avian de meter con el mortero tres señales en la cuerda, una braça apartada una de otra, con çiertas hilachas ó cabos de sogas blancos para que mejor se determinasse el mortero alla abaxo, quando aquellas se ençendiessen.

Despues que estuvieron juntos los de abaxo, se hincaron de rodillas é hiçieron oraçion; é despues de aver hecho su plegaria, metieron el mortero quatro veçes, y en las dos no sacaron nada, porque no llegaban abaxo, aunque ellos pensaban que sí: é la terçera vez salió el mortero de hierro atapada la boca, con grand bulto de escorias é pesso mucho,

é pensaban por esso que traian algo; é subido arriba, no avia sino escorias. Tornado á meter la quarta vez, entraron diez é siete ó diez é ocho braças de cadena; é como la escoria está grande é tan gorda no dexó passar el mortero abaxo al metal derretido, é quedóse allá con aquellas braças de cadena, la qual era delgada, poco más gorda que la guarniçion de una espada, y el resto de la cadena salió colorada, como si saliera de una fragua, no derretida sino colorada; é la sogá salió por muchas partes quemada é chamuscada.

Hecho esto, luego desde arriba les baxaron agua é una carta del gobernador, en que les decia que le enviassen de lo que avian sacado é de la tierra que estaba cabe las vetas: é assi se le subieron unas piedras pequeñas é passadas, de las de la plaça, é algunas escorias de las que se avian sacado de la caldera. Lo qual visto arriba, quedaron descontentos muchos que lo estaban ahí esperando, é cada qual se fué por su parte á la cibdad; pero todavía fray Blás porfiaba que aquella materia que allí anda derretida es metal, por muchas raçones quél quiere dar conformes á su cobdiçia, que no le deben ser creydas. É para que se le crean, diçe que todas las personas doctas que hasta entonçes avian llegado á ver aquel infierno, son de su opinión, conviene á saber: fray Françisco de Bobadilla, de la órden de la Merced, y el maestro Alonso de Roxas, clérigo, é fray Bartolomé de las Casas, de la Orden de los Predicadores, é fray Johan de Gandabo, de la Orden de Sanct Françisco; é que todos essos deçian que aquello era metal, á su paresçer: á lo menos ninguno dessos que este padre nombra, negará quél no estaba tenido por hombre de tantas letras como cobdiçioso, porque yo los conosçí muy bien á todos, excepto al Gandabo; pero en fin el mesmo fary Blás diçe que de çierto no se sabe que aquello sea metal, porque el gobernador de aquella privinçia no avia consentido que otros entren allí. É habla este padre con mucho con mucho fervor é afeiçion, porfiando que aquella materia que en aquella sima arde es plata, é que todos ó los más lo juzgan por açufre; y en la verdad assi me paresçió á

mí, é me paresçe quel gobernador, como sabio é prudente, é porque le paresçió notoria liviandad la deste fraile, no quería que los hombres se pusiesen á tan notorio peligro; é cómo Rodrigo de Contreras, á cuyo cargo está aquella tierra por Sus Magestades, es cavallero prudente, haçia muy bien en no consentir que aquella temeraria opinion dese padre, é de otros cobdiçiosos que con él andaban embelesados, con la opinión de baxar á aquel infierno, procediessen adelante: antes si fuera otro gobernador, le maltractara á él é á los demás por su loca osadia. É no queria el gobernador que sin consulta del Emperador, frayle ni otro hombre entendiesse en aquello: ni el frayle tenia liçençia de su perlado para estar allí, ni para haçer esos juramentos é capitulaciones qué él hiço, ó á los otros cobdiçiosos que con él se juntaron, exhortados por él; y en mucho peligro de su ánima é consciencia hiço todo lo que hiço, é assi lo he yo oydo platicar é culparle otros religiosos de su mesma Orden, muy letrados é de autoridad, é aquella osadia no le llama ni llamará ningun prudente ni discreto varon çelo de servir á Dios ni al Rey, sino espeçie de hurto, é querer él por aquella via nesçessitar para capitular despues con sus Magestad, si por caso salia el efetto al propóssito del frayle. Diçe assimesmo su relación, quel gobernador les tornó á escribir, estando, el en persona mirando la sima, que pues no queria subir que subiesse más tierra de cabe las vetas para que se pudiesse haçer ensayo; é como no tenia barreta ni herramienta para ello, más de aquel martillo ques dicho, con él el frayle é Johan Platero arrancaron lo que pudieron, é pusiéronlo en una çesta. Este Johan Platero deçia que sin duba aquello que estaba derretido en la caldera era oro derretido. Entonces, cómo le oyó decir esto el Pedro Ximenez, dixo que se fuesen todos, que aquella veta más principal que está háçia la parte de Leon, qué la tomaba en nombre de su señor Alonso Calero.

Otro de los que estaban abaxo, que se deçia Panyagua, dixo que se fuesen todos, que otra veta qué señalaba á la

parte de Momborima,⁹ que es un pueblo de indios, la tomaba para su señor Francisco de la Peña, primo del gobernador.

Cómo el frayle oyó esto, creyendo ó barruntando que sus amos les avian mandado arriba que assi lo hiçiesen, antes que allá entrassen, dixo: “Sedme testigos que yo no tomo esa veta ni essotra, sino que tomo essa caldera de metal que allá abaxo hierva, en nombre del Rey, nuestro señor, é del mio é de mis compañeros”: de lo qual se rieron todos.

Despues de esto començaron á reñir los unos con los otros, é á se amenaçar para quando oviessen salido de allí; y en tanta manera cresçió la reñilla, que quantas calabazas de agua les baxaban quebraban por reñir, no tirando como avian de tirar la cuerda. Pero el frayle los hiço allí amigos, é subieron de dos en dos, cada uno con el que avia baxado esta terçera vez: que era Pedro Ximenez y el Nicardo, Panyagua é Johan Platero, Johan Martin é Anton Fernandez, portugués; y el frayle subió á la postre con la çesta para haçer el ensayo de la tierra que en ella se sacó, é cómo fué arriba, la presentó al gobernador. Lo qual despues el gobernador en Leon lo mandó ensayar, é no salió nada.

No cansado el fraile é los demás de su bando, suplicaron é aun requirieron al gobernador que les diesse liçençia para tornar á entrar en aquel infierno, é no se la quiso dar, ni permitir quesos ni otros allá fuessen á entrar en aquella sima. É á esta terçera vez quel frayle é los otros seys que dicho entraron, el gobernador estuvo presente, con otros muchos que los vieron entrar é salir.

Grand paçiençia es la que ha menester é mucha prudençia el gobernador para contentar á los súbditos de su jurisdicçion, y en especial á algunos tan desatinados como andaban induçidos por este frayle: que como él no ponía dineros en el negoçio, ni le dolian los que los simples compañeros avian gastado, ni le penaba que se acabassen de perder tras sus palabras. Pero como dicho es, el gobernador, viendo el notorio

⁹ Monimbó.

peligro é aventura en que aquellos querian traer sus vidas é sus haciendas, no les quiso dar lugar a que se perdiessen; é aun porque todos aquellos aparejos é xarçias subían los cuitados indios por aquellas breñas é sierras con exçesivo trabaxo, de que tampoco se dolia fray Blás ni su compaña.

Digo yo que dar liçençia para entrar allí á algñ chripstiano, no osara haçer ningun governador cathólico, si no fuesse desapiadado é cruel é de poca consçiencia, quanto más que bastaba ya lo experimentado para sacar á este padre é á los deás de su falsa opinion, é que se conformassen con el paresçer de innumerables, que todos creen ques aquel licor piedra açufre.

Otras muchas cosas é novedades cuenta el fraile en su relacion de poco fructo, en espeçial otro nuevo juramento quel é otros quatro de sus compañeros hiçieron ençima de los Evangelios, é les tomó el fraile francés fray Johan de Gandabo, de permanesçer en su errada ó vana opinion. É dá assimesmo anchas raçones en fin de todo para que se le crea que aquella materia que allí hierve en aquella profunda sima es metal, é que no es boca de infierno ni espiradero dél ni agua; é diçe que aquel ruydo tan grande que allá anda, no es sino de metal, é no salitre ni piedra açufre, como algunos quieren deçir. É diçe que tampoco es hierro ni cobre y concluye que es oro ó plata ó juntamente oro é plata. Y afirma que los que diçen ques plata, esos traen más raçon; é yo pienso quel é los tales están fuera della, y que no lo entienden. Ni yo aquí pusiera esto, sino porque me paresçe conviniente, por lo que agora diré: lo primero, porque de nesçessidad aquel hoyo é sima ha de tener otra dispusiçion é vista allá abaxo muy diferente de la que de arriba pueden ver é considerar los que desde donde yo lo ví lo han visto ó lo vieren, é aquesto cuéntalo bien este padre, aunque en la distançia é braças de la hondura no diçen todos tantas como él; é yo he oydo despues al governador Rodrigo de Contreras, que lo vido é se halló pressente la terçera vez quel frayle é los que he dicho que allí entraron; é aun diçé que despues que entran

en aquella profundidad, hay otra disposición, é cada dia la hay é se hunde más tierra en torno de aquella plaça donde essos llegaron. Lo segundo que me movió á sacar ó poner aquí esta suma de la relación deste padre fray Blás, es porque se sepa un tan temerario acometimiento como este religioso tuvo, en que no solamente aventura la vida sino el ánima, á lo que parece. Y en fin, todo ello es para dar loores á Dios en todo lo que dicho, é no dexar de dárselos por le aver librado de su desatino é cobdiçia á él é á los que él movió é truxo á su opinión. Passemos adelante á otras cosas notables.



PODERO
CIUDADANO
ALCALDÍA
DE MANAGUA
BUEN GOBIERNO!

2★21
ESPERANZAS
VICTORIOSAS!
TODO CON AMOR!